

Sociología y salud pública: una introducción

Miguel Kottow

“La salud pública es la ciencia y el arte de promover salud y prevenir enfermedad, mediante esfuerzos organizados de la sociedad.” Esta definición ratifica la imposibilidad de identificar una actividad colectiva que lleva por nombre dos términos a su vez indefinibles: salud y público. Su objetivo, sin embargo, es claro: es la preocupación por la adaptación del organismo humano a su entorno, las amenazas y las deficiencias de esta adaptación, y la influencia que sobre estos procesos tiene el hecho que los seres humanos solo pueden vivir congregados en grupos, comunidades, sociedades, colectivos. De allí que la salud pública tenga por referente fundamental a la sociedad y, aun cuando también esta es una designación que tiene un perfil conceptual impreciso se da, no obstante, como un concepto destacado desde el nacimiento de las ciencias sociales y, dentro de ella, de la sociología, entendida “como el estudio de las formas y modos cómo se organiza socialmente la vida humana (Joas y Knöbel, 2004).

Lo social está en el centro de la salud pública y de la sociología, un vínculo que se vuelve aún más firme cada vez que se reitera que salud poblacional depende, en lo fundamental, de los “determinantes socioeconómicos”, una relación que parecería haber sido descubierta, o al menos enfatizada, recientemente, aunque las relaciones entre pobreza y enfermedad, salud y bienestar material, desigualdad y prevalencia de enfermedades eran reconocidas desde los albores de la salud pública, por clásicos como J. P. Franck y R. Virchow, recibiendo renovada atención desde mediados del siglo pasado: “La medicina es una ciencia

social, y la política no es sino una medicina a más gran escala.” (Virchow, citado en Rosen 1993).

La salud pública se debate entre una visión que relaciona lo público con el Estado, y el potente movimiento de la Nueva Salud Pública, que entrega gran parte de las tareas y responsabilidades preventivas al individuo y a su capacidad económica de promover su propia salud y evitar enfermedades. La sociología, por su parte, no cesa de polemizar acaso su objeto de estudio es la estructura y las normas que ordenan la sociedad, o más bien debe observar las acciones individuales en su relación con el colectivo.

Desde otra perspectiva, la salud pública se pregunta acaso las políticas públicas deben ser, al menos en parte, de carácter global o al menos transnacional, o si corresponde adaptarlas a peculiaridades regionales y a recursos nacionales. La sociología también se debate entre teorías sistémicas, propuestas de una “sociedad mundial”, y el reconocimiento que la unidad política y económica más estable es la nación, aunque debe respetarse que dentro de los confines nacionales hay diversidades culturales y corrientes de cambio exacerbadas por movimientos migratorios. Las políticas públicas operan con el concepto de que política, economía y comunidad constituyen una unidad nacional, en tanto la sociología entiende la nación como una forma de sociedad influida tanto por los subgrupos y las poblaciones que en ella conviven, como interactuando en el espacio transnacional y las tendencias globales.

Cualquier acercamiento académico a la sociología requiere dos cortes: uno temático que selecciona material que sea atingente y vigente al campo intelectual que se desee iluminar con una perspectiva social, y otro temporal que relegue a la historia lo que ha perdido actualidad o, a la inversa, un trabajo intelectual convertido en pensamiento clásico que se mantiene integrado a toda la producción sociológica actual. Para los efectos de los Nuevos Folios de Bioética y Pensamiento Biomédico, se inicia con el N° 9 una breve reseña de los llamados padres de la sociología -Durkheim, Weber, Simmel-, y un análisis algo más acabado de lo que devino en ser la sociología médica y, más en ciernes, la sociología de la salud pública, con una cesura claramente dada por la sociología médica anglosajona representada por T. Parsons y, con menor énfasis, E. Freidson y D. Mechanic cuyo interés fundamental era más bien la sociología de la profesión médica.

Un segundo aspecto preliminar de especial importancia para Latinoamérica, es el desplazamiento geográfico sufrido por la sociología, cuyos focos de mayor interés para los problemas de las sociedades contemporáneas nacen en las universidades europeas: Ulrich Beck y Niklas Luhman en Alemania, Anthony Giddens, Scott Lash en Gran Bretaña. Hay muchos más, ciertamente, desde N. Elías, la escuela francesa -Bourdieu, Castell, Latour, Callon-, pero tanto las restricciones de espacio, la fidelidad a la temática biomédica y las limitaciones del presente autor, deberán caer en un repetido pecado de negligencia. Cabe agregar que la sociología tiene una extraordinaria permeabilidad transdisciplinar que tiende a borrar los límites con disciplinas afines como la antropología, la psicología social, la filosofía.

El pensamiento paradójico es el pensamiento complejo que ha dado un salto mortal. Puede no ser más que un bon mot, pero

ilustra un fenómeno rara vez relevado en el pensamiento de la salud pública: el pensamiento sobre salud pública es extremadamente complejo, habiendo sido caracterizado como una caja negra, un sistema multinivelado (Krieger), un conjunto de muñecos chinos (matriuchkas), impenetrables por el pensamiento de la lógica causal. Por otro lado, a medida que la salud pública desliga al Estado de sus obligaciones preventivas y promocionales, requiere del individuo que adopte medidas "simples" de orden dietético, gimnástico, estilos de vida saludables, acciones sencillas de prevención y diagnóstico precoz para evitar las complejidades del enfermar. En suma, una de las realidades sociales más complejas es enfrentada con estrategias individuales presuntamente de fácil realización, un pensamiento paradójico que aloja otro de mayor envergadura: la salud pública tradicional ha caducado por falta de recursos, en tanto la Nueva Salud Pública de corte individual y autorresponsable no considera que las medidas saludables sugeridas solo son alcanzables por los más pudientes, en tanto que pobres y marginados escuchan el lenguaje de riesgos a la salud pero carecen de todo acceso a protección. Son estas las paradojas que acucian a la bioética, mucho más que las disparidades socioeconómicas y la destrucción del medio ambiente natural y social, que son fenómenos inauditos e inaceptables, pero que no están en el resorte conceptual ni material de soluciones bioéticas.

Desigualdad social

El pensamiento neoliberal muestra escaso interés en las desigualdades sociales, considerando que estas pueden ser vencidas mediante la juiciosa aplicación de las igualdades de oportunidades que las democracias políticas dicen brindar a sus ciudadanos. La sociología detecta que el nivel socioeconómico de la familia así como su proveniencia

social, siguen siendo los factores predictivos determinantes del estatus que alcanzan sus hijos. Tampoco es creíble la negación neoliberal de las sociedades de clases que, según Marx, estaban determinadas por las diferencias entre quienes detentan la propiedad frente a quienes producen los bienes. Para grandes sectores de la humanidad, Latinoamérica incluida, propiedad es el fundamento de bienestar y riqueza, en tanto que producción es sinónimo de dependencia laboral e ingresos económicos apenas suficientes para sobrevivir, imposibilitando cualquier ahorro que pudiese permitir alguna movilidad social. Esta disparidad se hace más notoria en la medida que las inestabilidades económicas y las políticas neoliberales globales reducen el rol protector del Estado y privatizan la seguridad social.

La nomenclatura moderna prefiere hablar de niveles socioeconómicos, para no evocar los fantasmas de la conciencia de clase, sus intereses y la motivación de una lucha de clases que revoluciona las injusticias sociales entre propietarios y proletariado. Los desniveles sociales bien podían exacerbar los problemas porque los diversos niveles sociales incluyen poder económico, prestigio social, edad. De este modo, los desniveles verticales se fueron exacerbando con desigualdades horizontales que discriminan por etnia, género, edad, origen geográfico, educación.

Pierre Bourdieu reconoce la importancia del capital económico, pero agrega como factor igualmente determinante el capital cultural consistente en acervo educacional, bienes y reconocimientos culturales, todo lo cual permite a los individuos desarrollar un estilo de vida, ilustrado en el *habitus* o modo de vida y en el **gusto** o preferencias de la forma de vivir. Esta visión más compleja es de gran interés para la medicina y la salud pública que enfatizan cada vez más cómo la vida saludable depende del estilo de vida

que se lleva. La sociología europea, en especial la posbélica alemana, creyó ver un decremento de diferencias sociales gracias al auge económico y al Estado de Bienestar. Entre el estatus social determinado por el esfuerzo individual y las estructuras sociales determinantes, se identificó el “medio social” que uniforma las perspectivas de vida de personas que comparten condiciones de vida similares, una realidad que es fácilmente comprensible en la vida de barrio que caracteriza a las megápolis latinoamericanas. Más aún, la estabilidad social reseñada sobre todo en Alemania Federal, ha mostrado tendencias regresivas bajo efecto de la globalización, las crisis financieras, el aumento del desempleo y las restricciones de servicios sociales estatales.

Junto al tema de las diferenciaciones locales, ha sido de interés la discusión sobre movilidad social, un fenómeno notorio en los EE.UU. sobre todo en períodos de bonanza. No obstante, la movilidad social depende más bien de cambios estructurales como la migración urbana, la industrialización o el predominio de una sociedad de servicios. En ese sentido llama la atención que no se contemple con más energía la incorporación al currículo médico de las humanidades y de la bioética, cuyo aporte podría ser de importancia sin entrar en cambios revolucionarios.

El tema de lo que regionalmente se enfatiza como determinantes socioeconómicas, ha llevado a confusiones conceptuales. El concepto “calidad de vida”, aparentemente referido a deseos y a preferencias personales, no puede ser entendido así porque la solvencia económica y cultural de las personas es incapaz de generar un estilo de vida individualmente satisfactorio, por lo cual la sociedad establece normas y expectativas de rendimiento que fijan parámetros de calidad de vida en forma colectiva e impersonal.

La expansión en espiral de las técnicas médicas -que en un 87% sirve a fines diagnósticos no terapéuticos (Badura y Feuerstein, 2007)- tiene múltiples causas tecnológicas, de legitimación alopática, de relevancia profesional, psicosociales, iatrogénicas y político-económicas; todos los esfuerzos por racionalizar el desarrollo y uso de instrumentos sofisticados pero de rendimientos médicos marginales han fracasado.

Norbert Elias (1897-1990)

Elias fue un muy productivo sociólogo, cuyas obras se reconocieron tardíamente porque su destino de exiliado lo mantuvo al margen de los centros académicos. En su extensa obra aparecen reflexiones que son de gran actualidad para la salud pública. Una de sus principales ideas es reconocerle a la sociología su autonomía disciplinaria, que él llamó autonomía relativa porque no puede haber sociología sin el estudio de la historia y evolución de las sociedades. Siendo posiblemente la ciencia humana por excelencia, la sociología ha de desarrollar un equilibrio entre compromiso participativo y distanciamiento observacional. Compromiso porque el sociólogo es miembro de la sociedad que estudia, y distanciamiento porque sus preguntas fundamentales se refieren, más que a la significación de los fenómenos sociales, al mecanismo que los suscita. Historicidad, compromiso y distanciamiento reflexivo son tres elementos que son, asimismo, básicos para el estudio de la salud pública.

Al igual que C. Wright Mills, Elias se opuso a la entonces vigente sociología sistémica de Parsons, rechazando tanto el racionalismo crítico y su tendencia al individualismo metodológico, como las teorías sistémicas que entienden la sociología empeñada en describir estados ajenos al devenir históri-

co en vez de procesos dinámicos que modifican permanentemente las sociedades en una continuidad de eventos. La sociología debe demoler los mitos y, como tal, Elias desestimó las críticas sociales y, sobre todo, el marxismo.

El individuo existe para el sociólogo solo en plural, pues el ser humano siempre vive en una comunidad, dentro de la que establece un entramado de relaciones interactivas que se plasman como "figuras" o "modelos procesales". Cada persona encarna una figura con una diversidad de valores o valencias, ya que cada figura contiene matices familiares, políticos, laborales, lúdicos, emotivos y otros, los procesos sociales consistiendo justamente en las modificaciones que las figuras sufren a lo largo del tiempo. Figuras semi-autónomas y procesos sociales producen un equilibrio de poderes que Elias denomina "balance nosotros-yo", aunque detecta una tendencia de desviación hacia un balance yo-nosotros. Todo ser humano está sometido a poderes, pero a su vez tiene algún poder sobre otros. La participación singular de los individuos y plural de la sociedad haría superflua la división entre macro y microsociología.

Elias anticipa que las características dicotómicas de la modernidad -subjetivo/objetivo, real/ideal, natural/artificial-, están siendo substituidas por equilibrios que van modificando los balances de poder, produciendo cambios sociales que no son lineales ni predecibles.

De especial interés para la salud pública es el incremento de la autorregulación, un aumento de la movilidad, mayor poder y amplitud de decisiones, seguridad social autogestionada, mayor identidad individual a costa de la identificación grupal y la consiguiente inestabilidad e intercambio de las relaciones interpersonales (Elias, 1976).

Emil Durkheim (1858-1917)

La sociología desarrolla de inicio una mirada específica y propia a hechos sociales que son externos al individuo y coercitivos por cuanto necesariamente deben ser internalizados, mediante una socialización primaria, familiar, y una secundaria de orden escolar, como identificara muy tempranamente Durkheim. Para concederle el estatus de una ciencia, Durkheim estableció las tres reglas que deben guiar la investigación de hechos sociales: 1) Descartar prejuicios; 2) Identificar y delimitar el problema a estudiar; 3) Extraer conclusiones objetivas y no matizadas por ideologías o creencias.

La sociedad se estructura en torno a determinados valores y creencias, un lenguaje que anticipa al estructuralismo. Además, las sociedades contemporáneas tienen una solidaridad orgánica que logra la cooperación de tareas comunes gracias a la división del trabajo y a la asunción de roles o funciones, anticipándose así, también, al lenguaje de las funcionalidades sociales. Cuando la sociedad pierde organicidad, sus normas se desploman, se vuelve anómica. La anomia es enfermedad de la sociedad donde los acuerdos no se basan en normas compartidas, sino en contratos formales.

Su monografía sobre el suicidio, es el primer estudio sociológico enfocado sobre un problema de salud pública.

Georg Simmel (1858-1918)

Siendo uno de los fundadores de la sociología alemana, Simmel tuvo más influencia cultural que académica, aunque la sociología actual vuelve a incorporar su pensamiento y reconocer la solidez de su obra. Sus objetos de estudio eran variados, a veces muy pedestres, pero en oposición a los académicos de su época, su interés básico

se centró en la relación de los individuos entre sí y con sus grupos. Escribía sobre la influencia en gran medida negativa de la metrópolis sobre los individuos que tendrían a seres nivelados y apocados por los grandes “mecanismos socio-tecnológicos” de las urbes. Allí, también, el dinero cobra una importancia central porque permite transacciones y acuerdos que permanecen en un plano impersonal y no comprometen la intimidad de las personas.

La otra herencia conceptual de Simmel es su análisis del “extraño” o “forastero”, aquel que está demasiado distante, o es demasiado diferente, para ser miembro de la sociedad, pero no tan alejado para que pase desapercibido o, como enseña Hegel, no sea reconocido. La aparición del forastero no interesa por no ser parte integrante del grupo, sino porque su distancia le otorga cierta objetividad. Premonitoria es la observación de Simmel, que la posición peculiar del extraño le hace adoptar tareas que los demás miembros del grupo son incapaces o no están dispuestos a realizar, observación frecuente en esta época de flujos migratorios cuantiosos.

Max Weber (1864-1920)

Alejándose, al igual que Simmel, del positivismo propiciado por Comte, Weber fue un gran propulsor de la sociología antipositivista, que pretendía comprender los fenómenos sociales y así diferenciar las ciencias sociales de las naturales, diferencia que había sido fuertemente defendida por el filósofo alemán W. Dilthey. Sin embargo, no fue del todo consecuente porque algunos de sus escritos más importantes se fundamentan en sólidos hallazgos empíricos.

Weber era abogado de formación, historiador de vocación, sociólogo y economista en sus afanes académicos. Su obra más impor-

tante se refiere a la influencia de la cultura y religión sobre el desarrollo económico, instigado por su observación que en las naciones más septentrionales predominan las creencias protestantes y una ética puritana empeñada en generar capitales económicos, pero vivir frugalmente, cuidando de reinvertir para generar nuevas ganancias.

A través de sus estudios sobre el Estado, la política, la burocracia y la economía, Weber reconoció la fuerte tendencia a la racionalización de sus procesos sociales y las sociedades modernas. Con cierta nostalgia, reconoció que la modernidad había sellado el “desencantamiento del mundo” consistente en la soberbia certeza del racionalismo que, si así lo quisiera, podría lograr un cabal conocimiento de la realidad que perdería así los encantos de la imaginación, de la emoción y otras experiencias no racionales. El ser humano moderno queda encerrado en lo que él llamó la “jaula de hierro” de la racionalidad. Una de las más interesantes herencias que dejara Weber es la diferenciación entre la racionalidad teleológica y la racionalidad axiológica, una distinción que servirá a la sociología de Parsons y otros para negar que todo lo social, en realidad todo accionar humano, tiene una inspiración estricta y exclusivamente utilitarista.

A diferencia de Durkheim, Weber propiciaba acercarse a los problemas sociales desde una matriz ideal que oriente el estudio, aunque por cierto estos “tipos ideales” son apoyos heurísticos que no calzan con la realidad explorada. Su propuesta coincide con la epistemología contemporánea de Popper, por ejemplo, que entiende las exploraciones científicas como orientadas por una hipótesis de trabajo que los hallazgos empíricos terminan por validar o falsear.

De duradera influencia ha sido la distinción weberiana entre razón de fines (*Zweckrationalität*), de orden pragmático y economicis-

ta, y razón orientada por valores (*Wertrationalität*) -culturales, religiosos, éticos-, distinción que ha sido utilizada por Habermas para diferenciar la razón instrumental de la comunicativa.

Algunas corrientes sociológicas actuales

La diversidad temática y la abundancia de enfoques teóricos de la sociología contemporánea hacen imposible siquiera mencionar a todos sus protagonistas. La apertura de la salud pública al pensamiento sociológico requiere delinear algunos de los temas que ambas disciplinas tienen en común, ratificando que la salud pública es, en lo esencial, una disciplina social, siendo los aspectos políticos y económicos más bien contextuales al matizar la tarea básica de la salud pública en sus afanes por enfrentar la dimensión poblacional de la enfermedad.

Los efectos uniformadores de la globalización han sido vistos por N. Luhman como la instalación de una “sociedad mundial”, facilitada por la expansión de las comunicaciones y el transporte. Sin embargo, discípulos de Luhman rebaten que la globalización no constituye un supersistema holístico, sino que entrega elementos para la construcción y modificación de estructuras normativas nacionales, llamando la atención de unos cómo estas normativas se asemejan en regiones culturalmente diversas y geográficamente distantes, mientras otros enfatizan que estas normativas reflejan idiosincrasias culturales -civilizatorias- que resaltan semejanzas que son solo superficiales, en parte sugeridas por la aceptación generalizada de ciertos valores como el individualismo, la racionalidad como fundamento de autoridad y creencias, así como una también racional confianza en el progreso (Joas, 2007). Sin embargo, la crítica actual al utilitarismo, a la sociología sistémica y a los estructuralismos,

tienden a darle menor importancia a una supuesta “cultura mundial” que a los cambios sociales inducidos por factores locales. Es este un tema de capital importancia porque cuestiona la inspiración de políticas sanitarias basadas en una epidemiología transnacional que provee de datos estadísticos tan generales que dejan de ser relevantes para peculiaridades nacionales: es el problema de la validación externa de protocolos científicos internamente validados por técnicas acuciosas de investigación.

Más allá de aparentes similitudes, hay diferencias funcional-sistémicas que se desarrollan al interior de las sociedades, donde la política no ejerce un rol programático creativo sino que supervisa y fiscaliza que la autonomía de los sistemas funcionales no se desvirtúe y lesione la producción y disponibilidad de bienes colectivos. Para la salud pública significa que los valores y normas de su población nacional constituyen el marco apropiado de reflexión y programación, donde la política debe jugar un papel moderador y solo muy excepcionalmente ejercer el poder de modificar substancialmente la voluntad ciudadana y las necesidades poblacionales. Así se evita el error de plantear programas sanitarios considerados de primera importancia, pero que no se realizan por cuanto la política económica del país mantiene, invariablemente bajo, el presupuesto dedicado a salud. En Chile, por ejemplo, donde las necesidades sanitarias van en aumento como en otras partes, el presupuesto para salud se mantiene entre los más bajos del mundo, fluctuando -en la parte pública- alrededor del 3% y llegando a duplicarse con el gasto del área privada, pero que solo atiende a un quinto de la población. A esto se refieren quienes exigen que muchos espacios básicos -salud, educación, seguridad- sean materias de Estado que el gobierno de turno no puede modificar en lo esencial sin desvirtuar las tareas estatales.

Si las sociedades no son entendidas como sistemas estancos, autopoieticos, incomunicados entre sí, como lo planteara Luhman, habrá que entender que los colectivos humanos no tienen una evolución lineal historiográficamente predecible, ni teleológicamente orientada por un supuesto proceso de progresivo perfeccionamiento. La simple integración del individuo a una sociedad estable ya no es pensable en la heterogeneidad actual, en la cual se producen y ofrecen movimientos sociales con objetivos, programas y estrategias diversas. Más que pensar acciones de integración, el individuo vive experiencias sociales frente a las cuales se puede situar críticamente con al menos tres consecuencias: los ciudadanos son más autónomos pero también más desprotegidos, inseguros y sumidos en incertidumbres (Bauman, 2001).

La propuesta de Habermas en el sentido de resolver conflictos mediante la comunicación éticamente legitimada, fue sometida a revisión por su discípulo y sucesor académico A. Honneth quien, apoyado en Hegel, indica que la comunicación presupone el reconocimiento mutuo de los interlocutores, una idea que Maturana desarrolla como la “legitimidad del otro en tanto otro”. Estos procesos de reconocimiento que aceptan las diferencias de género, etnia, preferencias sexuales, creencias y costumbres culturales, y las legitiman con la condición intransable de evitar la discriminación moral y facilitar su participación en decisiones sociales, son los que las sociedades contemporáneas viven como militancia y lucha del feminismo, de diversas minorías étnicas, de los homosexuales, los inmigrantes, los marginados, todos los cuales han de ser reconocidos como ciudadanos iguales que participan en la construcción de sociedades más justas.

Se refuerzan así las sociologías interpretativas -interaccionales y etnometodológicas- que se oponen al estructuralismo, en-

tendiendo que los actores sociales viven en medio de situaciones y contingencias variables, de manera que, en vez de adaptarse a normas y reglas existentes, “las someten a un complejo *proceso interpretativo* que lleva a *renegociar y modificar* las estructuras normativas vigentes” (Joas, 2004: 741, cursivas en el original).

Queda así enunciada la tendencia a los cambios sociales, pero no se explica cuál sea el gatillo que realmente logra efectuar estos cambios, y allí aparece como plausible la explicación de Boltanski, (citada por Joas, 2004:742): “Los cambios en los regímenes de legitimación parecen vincularse a la formación de grupos que intentan esquivar los obstáculos que se oponen a la mantención o expresión de sus principios.” Esto significa, contrariamente a una visión muy generalizada, que los actos y cambios sociales son producidos por quienes detentan el poder cuando se sienten amenazados en su legitimidad por las protestas de grupos disidentes que solo pueden incitar y ayudar a resolver conflictos mediante la crítica y la oposición.

Sociología de la técnica

“Las construcciones técnicas son también construcciones sociales que involucran a inventores, diseñadores, ingenieros, empresarios, legistas y usuarios” (Rammert, 2007:488), de allí que se hable de sociología de la técnica y se abra la pregunta acaso lo instrumental debe entenderse desde el determinismo técnico, el constructivismo social, o desde una visión pragmática. Siendo la evolución de la técnica una mezcla de ofertas novedosas y respuestas prácticas a necesidades o conveniencias sociales, se prefiere la perspectiva de la sociología con enfoque pragmático, que no obedece a una lógica única, económica, política o cultural, sino a una combinación de todas ellas.

Las sociologías pragmáticas de la técnica son variadas, desde el pragmatismo clásico de Mead y Dewey, la teoría de prácticas y objetos de Pickering, y los conceptos de actor-red de Latour, Callon y otros. En estos enfoques la acción técnica se entiende como una dirección de medios y fines en permanente evolución a medida que construye objetos y observa sus efectos. En la visión del dualismo moderno, solo los seres humanos pueden actuar, a diferencia de las máquinas que funcionan, pero a medida que estas máquinas se vuelven más complejas, autorreguladas y dotadas de inteligencia artificial, develan que toda instalación técnica interactúa con los seres humanos que la utilizan, convirtiéndose en agentes híbridos -que actúan y reaccionan-, de este modo participando de la subjetividad de los seres humanos que las crearon. Al perderse la dualidad entre acción y función, aparece la figura del actante que forma parte de una unidad de acción heterogénea, por Latour llamada red híbrida. Posiblemente los procesos no sean tan uniformes como Latour haya sugerido, porque la capacidad de disponer y seleccionar alternativas de interacción no será la misma para una herramienta que para un complejo computador, pero se mantiene la idea central que todo objeto no humano tiene alguna capacidad de interacción y de influencia sobre los sujetos que lo crean y utilizan.

La dicotomización de los sistemas, que es una característica de la modernidad, queda cuestionada al negarse la supuesta dualidad básica entre el mundo natural y el mundo social. Lo social tiene elementos biológicos, mientras que la biología es modificada por la cultura, como ilustra el nacimiento de la biotecnociencia. Por lo tanto, tampoco es posible sostener la dicotomía entre el mundo subjetivo de los agentes y el objetivo de las cosas sobre las cuales se actúa, por cuanto los objetos no son entes pasivos sino que obligan al sujeto a modifi-

car sus acciones. El ejemplo más simple es el cinturón de seguridad de los vehículos motorizados, que no solo es un elemento protector, sino que obliga al sujeto a actuar de determinados modos, acusando el incumplimiento con alarmas y disfunciones. Estos objetos son, por lo tanto, cuasi-objetos, objetos híbridos o *factishes*, mezcla de hechos *-facts-* y fetiches *-artefactos* que reciben valor de adoración- y que reaccionan activamente como agentes frente al sujeto que los creó.

En salud pública hay numerosos cuasi-objetos que desencadenan respuestas inesperadas que influyen sobre las decisiones de los sujetos *-medicamentos, vacunas, programas sanitarios-*, generando nuevas realidades que deben ser enfrentadas cuando la interacción de sujetos y objetos produce fenómenos inéditos e inesperados que afectan también la dimensión ética; el cuasi-objeto, al comandar actos, adquiere ciertas responsabilidades que, cuando era entendido como objeto pasivo, solían quedar en manos de los sujetos-agentes. Los problemas políticos y morales de un mundo donde la expansión tecnocientífica crea cuasi-objetos cada vez más potentes y autónomos requiere, según Latour, un “parlamento de cosas”, un ejercicio de democracia donde se reconoce que la dicotomía entre lo natural y lo social no existe, tomando conciencia y deliberando sobre la gran cantidad e influencia de los cuasi-objetos en la vida cotidiana *-ecología, energía atómica, documentación ciudadana-*.

Las reflexiones de Latour convergen con aquellas de los científicos sociales que plantean la ciencia como una actividad en que deben colaborar la ciudadanía y el laboratorio científico para asegurar relevancia social y protección del bien común, instalando una democracia participativa que Callon llama “foros híbridos” porque se componen de expertos y ciudadanos legos (Callon, Las-

coumes y Barthe, 2001). Es fácil imaginar el impacto positivo que tendrán las políticas públicas sanitarias si se construyen con la opinión conjunta del saber científico y las necesidades ciudadanas, pudiendo así paliar fracasos como el debilitamiento y la distorsión de Alma-Ata, las falencias estratégicas de la “pandemia” viral de 2009-2010, los efectos del turismo médico, la falta de relevancia de estudios biomédicos.

El reconocimiento de la amalgama entre naturaleza y cultura tendría por efecto negar la tendencia dualista de la modernidad y restarle importancia a la supuesta transición a la posmodernidad, porque el desarrollo de las sociedades siempre habría sido, y continuará siendo, cada vez más una construcción tecnocientífica de la creación artificial o interferida de seres vivos nuevos, desde la “*Oncomouse*” hasta el poshumano, que tendrán la capacidad no solo de reaccionar sino de diseñar y crear acciones en forma espontánea.

La modernidad pierde su carácter monolítico de racionalidad, cuya tendencia a justicia, igualdad y libertad sigue presente, pero debe enfrentar pluralismos axiológicos que ponen diversos acentos en lo que es la buena vida o, incluso, buscan el significado de este supuesto objetivo llamado “calidad de vida”. Se producen conflictos entre la vida cotidiana y sus valores no utilitarios, frente a los requerimientos de eficiencia instrumental del mundo laboral. Ante tanta inseguridad, queda en duda acaso se logra complementar las exigencias éticas con las aspiraciones de individualidad y satisfacción personal (Taylor, 1989). Tanto más difícil es aceptar las propuestas de autores como Foucault y Touraine que creen en el robustecimiento del sujeto como única defensa contra los vicios de una modernidad entregada al utilitarismo y regida por una biopolítica que defiende a unos a costa de otros (Touraine, 2006).

Emerge la idea de las “modernidades múltiples” que permite reconocer sociedades muy diversamente conformadas, y abre la pregunta sobre la influencia de sistema versus cultura, de factores exógenos -globalización- frente a los endógenos propios de atributos locales inherentes a cada sociedad. Queda puesto en duda acaso la humanidad, impelida por la modernidad, se mueve hacia la realización de justicia, democracia y estados de derecho, o si es más probable la tesis que la modernidad no es producto del racionalismo cartesiano sino de los conflictos y las incertidumbres de la Europa del siglo XVI, en cuyo caso habrá sobrados motivos de preocupación dadas las inseguridades y los abundantes conflictos bélicos locales que se han instalado en el mundo desde el término de la Guerra Fría. La sociología tendrá que estudiar las normativas sociales sin recurso a teorías evolucionistas y teleológicas, inspirándose en actitudes de crítica y propuestas.

Sociologías constructivistas

En 1923 William I. Thomas señaló que la definición de situaciones consiste en determinar lo indeterminado, y estableció lo que la sociología incorpora como la Ley de Thomas, según la cual las personas definen o eligen definiciones de situación como real de tal modo que ello tiene consecuencias reales. El matrimonio heterosexual y monogámico es real porque ciertos colectivos humanos así lo han definido, y las consecuencias reales son que estas sociedades no aceptan el matrimonio homosexual, la poligamia, la poliandria. Se inicia de este modo una sociología centrada en la interacción subjetiva basada en comunicación, la presencia de expectativas y la interpretación de lo comunicado, puesto que las acciones humanas son mayoritariamente mediadas por el lenguaje. Los seres humanos se entienden entre sí por el uso de símbolos que

se refieren a realidades no necesariamente presentes, existentes -unicornios-, o unívocas -terrorismo-. Se genera un mundo de realidades basado en símbolos como literatura, arte, teorías científicas, que constituyen el mundo 3 de Popper.

El proceso de interacción madura en cada individuo, pasando por etapas de la experiencia del yo como sujeto, la percepción del otro y la aceptación de que también es un sujeto al cual se entiende adoptando su posición -ponerse en la situación del otro-, culminando en entenderse cada uno como persona que interactúa con su entorno social -el otro generalizado-, del cual se forma parte -nosotros- o al cual se mira como objeto externo -ellos-. Estas interacciones subjetivas requieren interpretar significados comunes de lo que, aceptado como importante, valioso o real, constituye el mundo de la vida o *Lebenswelt*.

A partir de la fenomenología de Husserl, Alfred Schütz describe los procesos mediante los cuales conocemos, interpretamos y actuamos en la *Lebenswelt*, dando nacimiento a la sociología constructivista -la realidad social es una construcción simbólica del mundo de la vida-, y la sociología del conocimiento interesada en los procesos cognitivos -cotidianos y científicos- que permiten interpretar y significar el lugar que objetos, situaciones y los otros ocupan en la *Lebenswelt*.

A medida que una sociedad se expande y se vuelve más compleja en sus interacciones, disminuyen los encuentros intersubjetivos cara a cara, grandes parcelas del saber quedan enclaustradas en el lenguaje de expertos, lo cual aumenta las incertidumbres e inseguridades del ciudadano común y lo obliga a confiar en el saber de otros, que le es inalcanzable directamente. A nivel político, se produce igualmente una escisión entre quienes detentan o han recibido el mandato

de gestionar el orden social, y la ciudadanía que carece de participación en las decisiones políticas. Uno de los desentendimientos más dramáticos se produce entre las vivencias y el significado de enfermedad que cursa en una sociedad, y las políticas sanitarias que se desenvuelven según padrones que no han sido consultivos ni participativos.

No hay una lectura común de la realidad vivida por la interacción subjetiva y la comunicación entre gobernantes y ciudadanía, que genera descontentos y discordias entre los que acusan una deficiencia de gestión e indiferencia neoliberal -en salud, educación, seguridad social-, mientras otros hablan de escasez de recursos, prioridades diversas, demandas excesivas, tendencia nefasta al estatismo. La sociología del conocimiento se pregunta, a su vez, cómo los procesos cognitivos llevan a significaciones discrepantes de, por ejemplo, pobreza, oportunidades, desigualdad. Precisamente porque la realidad objetiva es negada, permite el constructivismo militancias, acusaciones recíprocas de abusos de poder, afanes de dominación, imperialismos, discriminaciones, poniéndose al servicio de ideologías contra quienes manipulan creencias y convicciones, distorsionan o crean realidades, militando contra vicios de la sociedad con tal vehemencia, que la verdad presentada pierde credibilidad o termina por reforzar aquellos que condenan.

El interaccionismo simbólico desarrolló una variante denominada etnometodología (Goffman, Garfinkel) que ha sido especial para la sociología de género -feminismo, cuestionamiento de la dualidad sexual-, una escuela que será vista en la Parte II de este texto.

Teoría de la acción comunicativa

Fuertemente inspirado en los trabajos de Mead y Schütz, se desarrolla un esfuerzo

que busca integrar la acción individual con la generación de un orden social basado en la ética de la comunicación. Toda norma social gana legitimidad a través de ser deliberada públicamente con todos los individuos que serán afectados por ella; es decir, se trata de generar una democracia participativa que se dé su propia constitución ética y legal. Las propuestas de Apel y Habermas en el ámbito europeo, y de Adela Cortina en el iberoamericano, anclan principalmente en la filosofía y en la ética tanto teórica como aplicada, buscando fundamentar la perfección del proceso comunicativo -racionalidad comunicativa-, participación, y la legitimación de normas y leyes. En diversas sociedades se propone programas de participación ciudadana en la gestación de políticas públicas sanitarias, con resultados dispares que apuntan a la dificultad de una participación genuina y eficaz, al mismo tiempo que se insiste que es preciso seguir explorando esta vía democrática de reflexión y decisiones.

Desde una perspectiva sociológica, se ha reclamado que la teoría de acción comunicativa es demasiado racional para explicar movimientos sociales basados en la defensa de estilo de vida o que tienen fuertes raíces emocionales y éticas. Presupone esta teoría un fundamento ético implícito en toda comunicación y acción humana (Apel), así como la competencia generalizada de participar en la acción comunicativa racional que se desenvuelve en el mundo de la vida y que se enfrenta con la acción comunicativa estratégica de los sistemas político y económico.

El apenas oblicuo reconocimiento de las influencias sociales que distorsionan la comunicación, y la confianza en una racionalidad capaz de purificarla, han suscitado críticas al pensamiento de Habermas, sobre todo desde la sociología. Bourdieu basa su construc-

ción social de la comunicación en tres premisas: a) La racionalidad es un atributo y un efecto de interacciones humanas, y no una propiedad inherente al individuo; b) La interacción comunicativa no es puramente racional, conteniendo argumentos, creencias compartidas y supuestos que buscan primar sobre las irracionalidades del poder; c) El proceso comunicativo puede trascender las posturas particulares y resultar en una visión más universal. Posturas y valores imperantes en una sociedad constituyen un conjunto de opiniones y de distorsiones de la comunicación que se afirman en relaciones de poder, por lo que el análisis de la cultura imperante debe ser mirado críticamente: a través de la teoría crítica según la Escuela de Frankfurt, a través de una hermenéutica de la sospecha formulada por Ricoeur y Bourdieu. Es preciso develar los intereses y las pugnas de poder que subyacen al conjunto de opiniones que se han constituido en el sentido común de sentimientos, gustos y percepciones, que terminan por distorsionar la comunicación entre campos sociales -economía y política-, así como al interior de cada campo o disciplina, siendo función de la sociología ayudar a desentrañar estas distorsiones. Quienes discrepan con el orden social actual y buscan cambios, desarrollan un discurso racional que se opone a la comunicación estratégica de la opinión -*doxa*-.

Todo este proceso comunicativo tan complejo “donde nunca se encuentran interlocutores abstractos, es invariablemente el encuentro de posiciones sociales y relaciones de poder.”, los individuos participando desde su posición social -*habitus*- y sus recursos efectivos -*capital*-. La complejidad de la comunicación participativa, con la cual las clases educadas tienen mayor familiaridad y suelen estar sobrerrepresentadas en procesos democráticos, distorsiona a su vez los

afanes de una democracia participativa que, dado el tamaño de los territorios y de las poblaciones, revierte a una forma representativa de democracia con todas sus deficiencias de participación (Crossley, 2004).

Dualidad de micro y macrosociología

Las teorías sociológicas se mueven entre la preocupación centrada en acciones de acciones individuales en tanto miembros de un colectivo, y el enfoque que prefiere estudiar las normas y estructuras que organizan a una sociedad. Las sociologías interpretativas concentran su atención en la subjetividad de los actores y sus efectos microsociológicos, en tanto las teorías sistémicas (Parsons) y funcionalistas (Luhman) analizan las estructuras sociales que determinan la forma de actuar de los individuos. Estos dualismos característicos de la modernidad, son en buena medida artificios de observación que una sociología más integradora debe entender como una dualidad entrelazada donde acciones y normas se amalgaman e influyen recíprocamente. Los representantes más conspicuos de la integración dual de acciones individuales y estructuras sociales son Anthony Giddens y Ulrich Beck.

Giddens opina que la estructura de clases sociales sigue vigente en las sociedades occidentales contemporáneas, pero no en el sentido marxista, sino como una tripleta de clases baja, media y alta. Para su análisis se requiere, más que una sociología interpretativa o una orientación positivista, el desarrollo de una teoría social que no se limite a lo inmediatamente actual y próximo, sino que reconozca ciertos aspectos que trascienden a los grupos locales y a las cotas nacionales, tomando relevancia transnacional y aun

global. Una teoría social relevante debe combinar objetivismo y subjetivismo, considerando que los actores individuales son relativamente autónomos, que toman conciencia y reflexionan sobre sus actos, pero que han de desarrollar rutinas en su diario vivir para adaptarse a las complejidades de las sociedades en que viven. La rutina consiste en aceptar reglas de conducta o de oponerse a ellas si la reflexión práctica sobre el propio actuar así lo aconseja. Las normas sociales se expresan en una estructura compuesta de reglas y recursos que por un lado facilitan el actuar individual, pero por otro, lo restringen.

Estructura social y accionar individual se ordenan en el espacio y en el tiempo, produciendo regularidades pero también discrepancias, estas últimas de especial interés para la medicina y la salud pública. Por ejemplo, la reciente Ley 20.584 y la bioética clínica en general, se refieren principalmente a los eventos médicos que ocurren en el espacio hospitalario y solo muy indirectamente a la mucho más amplia atención médica ambulatoria. Los programas de salud pública tienen un diseño de duración prolongada que contrasta con la experiencia aguda, y el tamaño de las poblaciones afectadas.

¿Cuál es la unidad de análisis sociológico? La pregunta es paralela a la cuestión de cuál sea la unidad de acción de la salud pública. Para Giddens, la sociología no puede tener perspectivas exclusivamente grupales, nacionales o globales, dada la diversidad de comunidades y organizaciones que estudia. Para la salud pública, puede asimismo valer una variedad de perspectivas, pero han de ser más claramente diferenciadas para analizar su eficiencia y eficacia. Por ejemplo, los intentos de globalización de programas sanitarios chocan con realidades económicas y políticas contextuales de diversas na-

ciones; la epidemiología habla un lenguaje poblacional pero luego lo aplica, en seguimiento de la Nueva Salud Pública, a los individuos, transformando la salud pública preventiva en una “medicina preventivista” (Kottow, 2010).

Ulrich Beck, quien se hizo vastamente conocido con su libro sobre las sociedades de riesgo, fue determinante para poner la categoría del riesgo en el centro de la atención social e individual, lo cual también parecería valer para la salud pública, pero es preciso recordar que la epidemiología de riesgo se desarrolla con bastante anterioridad a los escritos de Beck.

Sostiene Beck que la sociedad industrial produce riquezas e instala riesgos cuya magnitud excede los límites locales o nacionales de la industrialización tradicional, para convertirse en factores globales. En estas condiciones, las preocupaciones clásicas de la sociología -clases, diferencias socioeconómicas, movilidad y cambio- pierden relevancia porque todos, cualquiera sea su ubicación social o geográfica, están igualmente amenazados, aunque Beck reconoce que las probabilidades de riesgo son mayores en las periferias menos desarrolladas, y que las personas y poblaciones que sufren necesidades insatisfechas tienden a “atraer” peligros y riesgos. Más importante, no obstante, es diferenciar entre quienes se benefician de la creación de riesgos con respecto a los que están amenazados por ellos, una distinción que se hace muy notoria en el desarrollo de la industria farmacéutica, así como en empresas mineras y procesadoras de recursos energéticos. Esta diferencia se exagera por la expansión de ciencia e información, que ha permitido redefinir riesgos y crear discursos éticos que manipulan factores de riesgo y su percepción social, como ocurre con el así llamado “principio de precaución” (Kottow, 2010).

A diferencia de Hans Jonas, que solicitaba una reducción de las actividades tecnocientíficas, sugiere Beck evolucionar hacia una forma de industrialización que reemplace la falta de responsabilidad organizacional por nuevas estructuras inspiradas en participación, responsabilidad y “*accountability*”, para lo cual es necesario fomentar una “modernidad reflexiva” o una “modernización de sociedades modernas”.

El segundo aspecto fundamental de la teoría de sociedades de riesgo es el proceso de individualización que en ella se produce, y que tiene según Beck tres aspectos: a) Los vínculos tradicionales se debilitan o se deshacen; b) Hay una pérdida de seguridad; c) Los individuos crean y establecen nuevos vínculos. El efecto social paradójico es que las clases sociales desaparecen a medida que más personas mejoran su ingreso, mas al mismo tiempo se agudizan las desigualdades sociales. Los aspectos negativos de estos procesos de individualización -aislamiento, inseguridad, desprotección-, afectan especialmente a las mujeres, que desde los inicios de la industrialización fueron destinadas a actividades no productivas.

Los efectos de la sociedad de riesgos sobre la estructura de la sociedad y sobre la acción individual son analizados por el sociólogo alemán en la década de 1980, cuando su país, densamente poblado y altamente industrializado, desarrollaba preocupaciones ecológicas, favorecía la política de los partidos “verdes”, y vivía el pánico social de Tschernobyl. Para países de menor desarrollo, sigue vigente como tema fundamental la desigualdad y la falta de justicia distributiva exacerbadas por los procesos de la economía global.

También es conveniente resaltar que los procesos de individualización provocan mayores daños en naciones donde la escasez de

recursos y las políticas neoliberales reducen las tareas protectoras del Estado, y dificultan la creación de nuevos vínculos y obtención de servicios básicos que ahora solo se alcanzan a través del mercado. En los países más pobres, la sociedad de riesgos no reemplaza los problemas de la sociedad de clases, sino que los exacerba, un argumento más para requerir de la salud pública que incorpore y robustezca la mirada sociológica a su quehacer en todas sus facetas, desde la investigación epidemiológica hasta la implementación de políticas y programas sanitarios.

Sociología del cuerpo

Nacida en el siglo XIX, la sociología adoptó la tendencia moderna de las clasificaciones dicotómicas, tanto de sus objetos de estudios -individuo/sociedad-, como de su discurso teórico -enfoques sistémicos y sistémico-funcionales versus teorías de acción comunicativa y racional-. El cuerpo humano es objeto habitual de estos dualismos, sea en forma cartesiana de mente y cuerpo material, psiquis y soma, o alma trascendente y cuerpo mundano. El desarrollo de las sociedades contemporáneas hace visible una creciente separación entre la expansión de la técnica que en forma creciente busca la automatización y la incorporeidad, ante todo en el ámbito productivo, y el proceso de individualización que se centra en el cuerpo como la dimensión fundamental de la existencia. La sociología del cuerpo estudia la socialización del cuerpo individual así como la “in-corporación” o somatización de lo social.

Los sociólogos reaccionan desarrollando una disciplina social del cuerpo de tal magnitud que se habla de un “giro somático”, que modifica el enfoque clásico de estudiar el trabajo con el cuerpo -el cuerpo como instrumento-, ahora enfocando sobre la pre-

dominancia de elementos y esfuerzos que se centran en el cuerpo y lo hacen partícipes en la gestación y modificación de las normas sociales. El cuerpo vivo marca las posibilidades que la subjetividad tiene de actuar libremente; la sociedad, a su vez, pone los límites permisibles del ejercicio de la autonomía individual, de modo que hay una permanente interacción desde y sobre el cuerpo. Hasta hace muy poco tiempo, el cuerpo era invisible a la mirada sociológica salvo en situaciones excepcionales, como es la enfermedad, de manera que su protagonismo quedaba reservado al deporte y a la medicina.

Los procesos de individuación son, contrariamente a lo supuesto, modificaciones de las instancias de control más que expansiones de la libertad, porque el cuerpo es lo que se tiene, es el patrimonio de cada uno y, como tal, el individuo ha de tomar la responsabilidad de cuidarlo y protegerlo. A medida que los procesos macrosociales de orden político, económico y global se restan a la influencia individual, va quedando el propio cuerpo como único territorio donde es posible alterar procesos naturales -el giro somático es también un giro natural-, lo cual ha tenido respuesta en la moda, la industria cosmética, el desarrollo de actividades lúdicas y, en forma fundamental, en la medicina y el cuidado sanitario individual que reemplaza iniciativas que pertenecen a la salud pública.

A nivel político, los movimientos sociales ganan fuerza menos por sus ideas que por la multitud de cuerpos que congregan en manifestaciones masivas como marchas, bloques, proclamaciones. El cuerpo es fuente de atención, los debates políticos son gra-

bados directamente, enfatizando gestos, mímicas, sonrisas, manifestaciones corporales de inseguridad, que en ocasiones opacan el contenido de los discursos.

La salud pública, la sociología y la bioética han enfrentado controversias y conflictos cuyo núcleo es el cuerpo humano y las actitudes culturales y sociales que desencadena, dando relevancia a la sexualidad -género, homosexualidad- a la biopolítica -anticoncepción, aborto- y a la capacidad de la biomedicina de intervenir y alterar procesos naturales de reproducción, enfermedad y muerte. Uno de los temas emergentes es la sociología de la discapacidad, y la pregunta a la salud pública sobre la definición de impotencia, discapacidad y desventaja. Una veta novedosa es la sociología de la prótesis, aquellos aparatos técnicos que suplen deficiencias funcionales del cuerpo, y las posibilidades puestas sobre el tapete de utilizar mecanismos protésicos no solo para suplir disfuncionalidades, sino para mejorar y perfeccionar funciones corporales más allá de lo "normal", elaborando la prótesis tradicional que substituye o refuerza partes del organismo, en una bioprótesis que se incorpora al cuerpo para formar parte sustantiva de él y de la identidad y presencia social de la persona: la prótesis como "*tecnofacto híbrido*", que borra a nivel del cuerpo la dicotomía entre lo natural y lo artificial y abre nuevos horizontes conceptuales y de significación. Los criterios sociales y sanitarios para evaluar programas de compensación, rehabilitación o invalidez, nunca muy estables ni consecuentes, sufren transformaciones en la medida que el mundo de los artefactos protésicos se expande y se instala en el mercado de quienes tienen los medios para adquirirlos (Schroer, 2005).

Referencias

- Badura B, Feuerstein G. (2007). Gesundheit und Gesellschaft. En Joas, H. (ed.): Lehrbuch der Soziologie. 3ª. Ed. Frankfurt/New York, Campus. p. 395-418.
- Bauman Z. (2001). En busca de la política. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Callon M., Lascoumes, P., Barthe, Y. (2001). Agir dans un monde uncertain. Paris, Seuil.
- Crossley N. (2004) On systematically distorted communication: Bourdieu and the socio-analysis of publics. En Crossley, N., Roberts, J.M. (eds.): After Habermas. Oxford Malden, Blackwell Publishing .p. 88-111.
- Elías N. (1976). Über den Prozess der Zivilisation. Frankfurt a.M.: Suhrkamp. (Hay version española en Fondo de Cultura Económica).
- Joas H. (2007). Die soziologische Perspektive. En Joas, H. (ed.): Lehrbuch der Soziologie, 3ª. Ed. Frankfurt a.M., Campus Verlag. p. 11-38.
- Joas H, Knöbel W. (2004) Sozialtheorie. Frankfurt a.M., Suhrkamp.
- Kottow M. (2011). Bioética y la Nueva Salud Pública. Nuevos Folios de Bioética N° 4. Santiago: Escuela de Salud Pública UCh.
- Kottow M. (2011). Bioética y precaución. Nuevos Folios de Bioética N° 5. Santiago: Escuela de Salud Pública UCh.
- Pomerleau J., McKee, M. (2005) Issues in public health Berkshire, Open University Press.
- Rammert W. (2007). Technik und Gesellschaft, En Joas H. (ed.): Lehrbuch der Soziologie, 3ª. Ed. Frankfurt a.M., Campus Verlag. p. 481-504.
- Rosen G. (1993). A history of public health, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Schroer M (ed.) (2005). Soziologie des Körpers. Frankfurt a.M., Suhrkamp.
- Taylor C. (1989) Sources of the self. The making of modern identity. Cambridge, Mass. Harvard Univeristy Press.
- Touraine, A. (2006) ¿Podemos vivir juntos? México: Fondo de Cultura Económica.